

## AGENDA CIUDADANA

### EL TLCAN, SALINAS Y LO QUE SALIO

Lorenzo Meyer

**Aniversario.**- La ratificación por parte del senado mexicano del Tratado de Libre Comercio de la América del Norte (TLCAN) entre Estados Unidos, Canadá y México tuvo lugar hace diez años y dos semanas --el 22 de noviembre-- y dentro de veintiún días más se cumplirán los diez años de su entrada en vigor. A estas alturas es evidente que los resultados de tan histórico acuerdo no han sido los que sus autores aseguraron pero, por otro lado, ninguno de los grandes actores políticos en México --o en cualquiera de los otros dos países de América del Norte-- ha ofrecido una verdadera alternativa a ese tratado. Así pues, y a falta de algo mejor, todo permite suponer que el TLCAN va a continuar en vigor porque ya adquirió vida propia y los intereses creados en torno a la casi integración entre economías relativamente unidas por la geografía pero separadas por casi todo lo demás debido a su asimetría, se han vuelto muy poderosos y para ellos ya no hay vuelta atrás. En tales condiciones, a lo que pueden aspirar los inconformes, es a introducir modificaciones y adiciones, pero nada más.

Independientemente de su lógica económica, la lógica política del TLCAN fue notable por lo imaginativa y, sobre todo, por lo audaz. En efecto, el presidente Carlos Salinas y su grupo se propusieron en 1990, nada menos que cambiar en un puñado de años la naturaleza misma de lo que había sido el proyecto nacional mexicano del siglo XX. Se trataba de dismantelar el objetivo histórico de la Revolución Mexicana -- construir una economía industrial pero con una agricultura ejidal, basada en el mercado interno, teniendo al capital nacional (estatal y privado) como el dominante, todo ello protegido tanto por tarifas arancelarias como por una tupida red de disposiciones administrativas— para dar paso a una integración de la maltrecha economía mexicana, que para entonces hacía ocho años que estaba en crisis, con la enorme y dinámica

economía norteamericana. Para ello había que aceptar que el capital norteamericano se convirtiera en el elemento dominante en la economía mexicana y que ésta produjera y ofreciera los bienes y servicios que el mercado norteamericano requiriera. Se suponía que a cambio de dismantelar el corazón de su viejo proyecto nacional, México obtendría un ritmo de crecimiento en su economía igual o mayor al que había tenido en los años del “milagro económico” de mediados del siglo XX, es decir, del 6% anual en promedio. Se suponía también que una vez metido en esa nueva dinámica de desarrollo, el nivel de las aguas del desarrollo social mexicano se elevaría a las alturas de eso que el país pretendió desde el momento de la independencia: la de una nación moderna. Si antiguos autoritarismos subdesarrollados como España o Corea del Sur pudieron hacerlo ¿por qué no el vecino del sur de Estados Unidos?

Desde luego que en el proyecto del TLCAN estaba implícito que a cambio de lo que se iba a ganar también se perdería algo: parte o toda la relativa independencia política que México había logrado acumular a lo largo de su historia como resultado de la defensa de su soberanía frente a diferentes potencias imperiales, sobre todo cuando tuvo vigencia el nacionalismo de la Revolución Mexicana. De ese pago político no se habló en el discurso, pero la opinión pública lo percibió e incluso lo aceptó, como bien lo mostró en su primer número la revista Este País (abril, 1991). Justo cuando se estaba negociando el TLCAN, se le preguntó a una muestra representativa de mexicanos si estaría en favor de integrarse en un solo país con Estados Unidos a cambio de mejorar su calidad de vida; un 59% dio una respuesta afirmativa. Sería de interés saber cual es hoy el sentir mexicano en relación a tan delicado tema.

La Elección de Salinas entre los Caminos de la URSS y China.- Cada vez resulta más evidente que la clase política encabezada por Carlos Salinas entre 1988 y 1994, le apostó al TLCAN para lograr, al menos, dos grandes propósitos. El primero y muy

publicitado, sería reactivar y transformar el aparato productivo mexicano como resultado del ingreso de México al exclusivo club de “las grandes ligas” económicas (la declaración de Carlos Salinas al respecto está en Newsweek, noviembre 29 de 1993).

El segundo objetivo, igualmente importante para el entonces presidente aunque no para el grueso de los mexicanos, fue lograr una segunda oportunidad para el sistema priísta cuya legitimidad iba en picada como resultado del agotamiento del modelo económico nacionalista --especialmente tras los fracasos de las presidencias de Luis Echeverría y José López Portillo-- y del gran fraude de 1988. Se trató, como se dijo entonces, de no seguir el modelo de cambio a la Gorbachov donde, supuestamente, la transformación económica aunada a la democratización política, llevó a que los comunistas perdieron el poder y el imperio soviético se desintegrara. El proyecto de Salinas era otro: una “Perestroika” sin “Glasnost”. El modelo era China: acabar con las trabas al capitalismo global --la economía protegida y estatista-- para, acto seguido, efectuar un “paso de la Muerte”: montarse en pelo y en pleno galope en los lomos del “capitalismo salvaje” de la globalización: abrir los mercados, fomentar el ingreso masivo de todo tipo de inversión externa --lo mismo la productiva que la especulativa-- pero sostener firmemente las riendas del poder político. El costo político inicial -- quiebras y desempleo masivo en los sectores no competitivos-- se paliaría por unos años con los recursos provenientes de las ventas de las empresas estatales a grupos seleccionados por razones políticas. Esos recursos serían administrados en favor del PRI --Pronasol-- para ya, después, dejar que el mercado se hiciera cargo de crear empleos y salvar a los modernizables y marginar a los inmodernizables. Se suponía que para entonces un PRI con baterías recargadas, entraría al siglo XXI pleno de energía y poco a poco, a su ritmo, se iría adaptando al nuevo entorno --el no tener ideología, le facilitaba el cambio-- y pospondría indefinidamente el momento en que alguien llamara

a cuentas a los beneficiados por todos los abusos y corrupción que marcaban su larga historia como monopolizador del poder.

El TLCAN.- Como sabemos, varias cosas fallaron en el plan salinista, pero una trascendental fue justamente el TLCAN, pues resulta que su promesa de llevar a una parte significativa de la sociedad mexicana y en un tiempo relativamente corto a un nivel superior de bienestar material sólo se cumplió para una minoría. En el estudio que acaba de publicar la Carnegie Endowment for International Peace titulado “NAFTA’s Promise and Reality. Lessons From Mexico to the Hemisphere” hay una evaluación del TLCAN que poco corresponde a la promesa original.

Para el mexicano común y corriente lo que más debió importarle de lo que se dijo al momento de firmar el documento que enmarcaba la integración de nuestra desfalleciente economía a la poderosa maquinaria productiva de Estados Unidos, era la creación de fuentes de trabajo. Pues bien, el estudio en cuestión señala que de 1994 al año pasado, el TLCAN creó en México alrededor de medio millón de nuevos empleos. Esa cifra contrasta con la pérdida de empleos en el sector agrícola, donde la apertura del mercado eliminó en el mismo lapso un millón trescientos mil puestos de trabajo. Así, el resultado de nuestra integración con Estados Unidos ha sido un desastre justamente para la zona más pobre y vulnerable de la sociedad mexicana. Y es que la economía agrícola del socio norteamericano no es sólo más eficiente sino que, además, está fortalecida por una buena cantidad de subsidios.

En una tesis de licenciatura presentada este año en El Colegio de México por Narayani Lasala, y donde aparecen entrevistas hechas por la autora a algunos de los negociadores del TLCAN, sostiene que no fueron los norteamericanos los que presionaron para abrir el mercado del maíz al libre comercio, sino que fue el gobierno mexicano quien lo ofreció. ¿Para qué?, pues entre otras cosas para usar al TLCAN como

excusa y palanca para forzar a la economía tradicional mexicana a transformarse o morir. Al final ocurrió lo segundo. El estudio de la Carnegie señala que son los campesinos mexicanos pobres los que han hecho el mayor pago exigido por el nuevo modelo económico, pues las importaciones de granos subsidiados de Estados Unidos, sobre todo el maíz, ha deprimido en extremo los precios de los productos agrícolas tradicionales. Una estimación señala que en México, entre 1999 y 2001 ¡el maíz norteamericano se vendió 30% por debajo de su costo de producción! Entre los muchos efectos no deseados de esta situación, está la acelerada destrucción de la ecología, pues lo último de lo que se pueden preocupar los que están en esta situación, es en conservar la naturaleza. De 1993 a la fecha, la deforestación acabó con 630 mil hectáreas en el sur del país, la zona ecológicamente más vulnerable de México.

Uno de los argumentos con que los enviados por Salinas convencieron a los legisladores norteamericanos reticentes a la firma del TLCAN, fue que el libre comercio desalentaría la migración al norte como resultado de los empleos y el crecimiento en México. Obviamente ese no fue el caso, y como para lograr la aceptación del acuerdo no se balanceó la libertad de comercio e inversión con la libertad de movimiento de la mano de obra, resulta que buena parte de los ocho o más millones de mexicanos que hoy trabajan en Estados Unidos –la mayoría en trabajos mal remunerados-- lo hacen por la vía de la entrada indocumentada a ese país, una entrada cada vez más costosa y peligrosas, y que hoy es una fuente de tensión entre los dos vecinos.

En buena medida los puestos de trabajo que el TLCAN creó en México fueron en las maquiladoras. Se trata de usar mano de obra barata pero en una actividad que casi no consume insumos producidos en México. Pero como hoy China ofrece un trabajo aún más barato que el mexicano, alrededor del 30% de los empleos que se crearon en la maquila en el último decenio del siglo pasado ya se han trasladado a países de Asia.

Los salarios reales en México no han aumentado al nivel que tenían antes de que el TLCAN entrara en efecto, pero según el estudio de la Carnegie, aquí la responsabilidad es un poco menos del libre comercio y más de la crisis de 1995. Sin embargo, esa crisis tuvo como origen una peculiar política económica del salinismo, que buscó atraer de manera indiscriminada al capital extranjero para mantener el espejismo de una gran prosperidad mexicana. Así, en 1993, por ejemplo, ingresaron a nuestro país 4,389 millones de dólares de inversión directa (productiva) pero al mismo tiempo entraron 29 mil millones de dólares de inversión de portafolio (capital especulativo). Cuando más adelante el gobierno norteamericano aumentó la tasa de interés de sus bonos y el gobierno mexicano por razones electorales no quiso tomar las medidas adecuadas –entre otras, devaluar--, y en cambio intentó mantener el atractivo del país aumentando las tasas de interés y creando los tesobonos (valores en dólares que hicieron que el riesgo de devaluación lo asumiera no el especulador privado sino las reservas nacionales), simplemente preparó el terreno para el gran desastre de 1995 que, a su vez, dio por resultado la crisis del sistema bancario, el Fobaproa y otros eslabones más de la triste cadena que mantiene a México como una economía estancada --0.69% es el promedio del crecimiento real del PIB de los tres últimos años— y muy lejos de las “grandes ligas” en materia económica.

Al Final.- La gran apuesta de Salinas y de los arquitectos mexicanos del TLCAN, fue lograr que México siguiera una vía similar a la de China: insertarse en la globalización cambiándolo todo –políticas, valores, dogmas-- menos el control político sobre la sociedad. La élite del Partido Comunista Chino logró su objetivo, y hasta ahora sigue disfrutando de los beneficios del monopolio del poder sin haber tenido que pagar el costo de crímenes como el que cometieron el 3 de junio de 1989 en la plaza de Tienamen. Si las maniobras económicas de Salinas hubieran funcionado, quizá el PRI también

**estaría aún en el control del poder en México, pero no fue ese el caso y hoy el viejo partido creado por Plutarco Elías Calles, sin la presidencia, dedica su energía a librar una feroz lucha interna mientras el resto de la sociedad sigue pagando las consecuencias económicas de ese sonado fracaso y no encuentra aún la manera de hacer del TLCAN un verdadero instrumento de desarrollo.**